



HERALDOS DEL  
EVANGELIO

*Libro digital*

# *Meditación de los Misterios del Rosario*

III - MISTERIOS DOLOROSOS



# Índice

Mientras los discípulos duermen, María reza	5
--	---

## 1.<sup>er</sup> MISTERIO DOLOROSO

### *La oración de Jesús en el Huerto de los Olivos*

Hágase la voluntad de Dios, no la mía	15
<i>I - La lucha contra el pavor y la tristeza</i>	17
<i>II - Por encima de todo, que se haga la voluntad divina</i>	20
<i>III - Velar y orar para consolar a Jesús</i>	23
<i>Conclusión</i>	26

## 2.<sup>º</sup> MISTERIO DOLOROSO

### *La Flagelación de Nuestro Señor Jesucristo*

Que los sufrimientos del Redentor no sean en vano	29
<i>I - La flagelación</i>	31
<i>II - «Ecce Homo — ¡He aquí al Hombre!»</i>	34
<i>III - Que la Sangre derramada por Cristo no sea en vano</i>	37
<i>Conclusión</i>	40

### 3.º MISTERIO DOLOROSO

#### *Coronación de espinas de Nuestro Señor Jesucristo*

<b>Por medio de la paciencia encontramos la paz</b>	<hr/> 43
<i>I - El Rey del Cielo coronado de espinas</i>	45
<i>II - «He aquí al Hombre»</i>	47
<i>III - El papel del sufrimiento en nuestra vida</i>	51
<b>Conclusión</b>	<hr/> 55

### 4.º MISTERIO DOLOROSO

#### *Jesús con la Cruz a cuestas camino del Calvario*

<b>Signo de nuestro triunfo y salvación</b>	<hr/> 59
<i>I - En la Cruz, el peso de nuestros pecados</i>	61
<i>II - En esta tierra es donde merecemos el Cielo</i>	63
<i>III - Símbolo del triunfo de Cristo y de los cristianos</i>	66
<b>Conclusión</b>	<hr/> 68

### 5.º MISTERIO DOLOROSO

#### *Crucifixión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo*

<b>La muerte de Jesús es nuestra vida</b>	<hr/> 73
---	----------

<i>I - Causa de la hermosura de nuestra alma</i>	75
<i>II - María, nuestra Madre, junto a la Cruz de su Hijo</i>	77
<i>III - La Pasión de Cristo nos lleva al Cielo</i>	80
<i>Conclusión</i>	84



## *Mientras los discípulos duermen, María reza*

*«Bienaventurados los que rezan bien el santo Rosario, porque María Santísima les alcanzará gracias en la vida, gracias en la hora de la muerte y gloria en el Cielo»*  
(San Antonio María Claret)

Cada uno de los misterios del santo Rosario es muy significativo, ya que nos acerca a una parte de la vida de Nuestro Señor Jesu-

cristo. Cuando comenzamos a recitar los misterios gozosos, sentimos primero una sensación de asombro y encanto ante la aparición del Arcángel San Gabriel a la Virgen María y el anuncio del nacimiento del Mesías.

Nos sentimos acogidos al contemplar la visita de Nuestra Señora a Santa Isabel, cuando María es saludada de manera especial por su prima y por San Juan Bautista, todavía en el vientre de su madre.

A continuación, nos invade una ternura incomparable ante el nacimiento del Niño Jesús y su presentación en el Templo. Estamos junto a María y José y nos sentimos en presencia de Ana y Simeón, reconociendo en aquel frágil Niño la figura del Salvador.

Incluso nos angustiamos cuando San José y la Virgen se dan cuenta de que Jesús no ha regresado con ellos de Jerusalén.

En los misterios luminosos, sentimos el baño de alegría del Bautismo y nos maravillamos ante la docilidad de Jesús cuando cumple la petición de su santa Madre convirtiendo el agua en vino en las Bodas de Caná.

Luego, al comienzo de la Buena Nueva, acompañamos la elección de los Apóstoles; junto con San Juan, Santiago y San Pedro, nos sentimos sobrecoyidos cuando asistimos

a la transfiguración de Jesús en el monte Tabor.

Y, finalmente, nos sentimos plenos cuando recibimos la sagrada herencia de la Eucaristía. Son misterios que nos completan y nos dejan extasiados.

Pero entonces llegan los misterios dolorosos, y todo cambia...

## **Misterios Dolorosos**

Este tercer volumen de la serie *Meditación de los Misterios del Rosario*, seguirá las reflexiones de Mons. João Scognamiglio Clá Dias, fundador de los Heraldos del Evangelio, sobre los misterios dolorosos, que contemplan:





- \* la agonía de Jesús en el huerto de los olivos;
- \* la flagelación impuesta por Pilatos;
- \* la coronación de espinas;
- \* Jesús con la Cruz a cuestas camino del Calvario;
- \* y, finalmente, la Crucifixión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.



A diferencia de lo que sentimos al meditar los misterios gozosos y luminosos, cuando contemplamos los dolorosos recibimos una avalancha de dolor, decepción, humillación e indignación por la traición y el trato cruel que recibió nuestro Redentor.

Sin embargo, no podemos detenernos en el sufrimiento, porque estos misterios nos hacen sentir, de un modo muy especial, cuánto nos ama Dios y lo importante que fue para Él demostrárnoslo a través del sacrificio de su sagrado Hijo.

Son misterios que tocan nuestra alma profundamente y nos hacen darnos cuenta de que cualquier dificultad por la que pasemos, por grande y desafiante que parezca, es insignificante al lado de cada paso de la dolorosa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

También es importante recordar que nuestros sufrimientos son consecuencia del pecado, mientras que los de Jesús son fruto del amor.

Y junto a Él, todo el tiempo, tenemos la presencia de María, acompañando silenciosamente cada momento de aquel terrible acontecimiento.

Los Apóstoles no pudieron permanecer despiertos mientras Jesús se alejaba para orar.



Pero María, aunque no estaba presente en el huerto de los olivos, permaneció de rodillas, rezando por su Hijo. ¡Qué inmenso misterio: la Madre de Dios rezando por Dios mismo!

Más tarde, anónima entre la multitud, acompañó la flagelación, la coronación de espinas, la elección de Barrabás por aquellos impíos que antes habían seguido a su Divino Hijo, recibiendo de Él una profusión de milagros.

María sintió en su alma el dolor del cuerpo flagelado, la agonía del cuerpo que cayó tres veces bajo el peso de la Cruz, la vergüenza de la desnudez del cuerpo para el que había tejido túnicas perfectas.

De pie, María «expiró» con Cristo en la Cruz. Con fuerza sobrehumana, infundida por Dios, tomó en sus brazos el Cuerpo sin vida de su amado Hijo. Y, resignada, fue «enterrada» con Él, depositando toda su esperanza en aquel sepulcro, porque fue la única que realmente nunca dejó de creer en la Resurrección.

Aún hoy, mientras los discípulos duermen, María reza. Pero hoy, ella reza por nosotros, discípulos distraídos que carecemos de perseverancia, para que seamos despertados del pesado sueño de la indiferencia y el relativismo.

Con este tercer volumen de la *Meditación de los Misterios del Rosario*, especialmente útil para la práctica de la devoción de los Primeros Sábados, pero también muy útil para el rezo del santo Rosario en la vida de todos los días, esperamos que usted pueda profundizar en estas meditaciones tan importantes y significativas, dejándose llevar por el amor sublime de Cristo y buscando consuelo para sus penas en el Corazón Inmaculado de María, que tanto sufrió durante la Pasión, pero que

no se doblegó porque tenía plena confianza en la victoria final.

Y para que empiece con buen pie la lectura de este libro, nos gustaría recordarle un consejo que el Dr. Plínio Corrêa de Oliveira, padre espiritual de nuestro fundador, Mons. João Clá, daba a sus hijos espirituales:

*Cuando recéis los misterios dolorosos, en los que Nuestro Señor Jesucristo sufrió por nosotros, pedidle que os dé la virtud de la fortaleza, del amor a la lucha, a la cruz, al sufrimiento. La cruz para muchos de nosotros se llama lucha, dentro de la ley de Dios y de los hombres. Necesitamos tener este amor y pedir siempre a través de María Santísima, porque, sin Ella, nuestra oración no llegará a Jesús.*





# *Meditación de los Misterios del Rosario*

- III -

MISTERIOS DOLOROSOS



# LA ORACIÓN DE JESÚS EN EL HUERTO DE LOS OLIVOS

*Hágase la voluntad de  
Dios, no la mía*

## Composición de lugar

Tratemos de imaginar el huerto de Getsemaní la noche en que Jesús se retiró allí para su vigilia antes de la Pasión: un amplio huerto donde se alzaban robustos olivos, tocados por el resplandor plateado de una luna llena que aparecía de vez en cuando entre cargadas nubes.

El Salvador está de rodillas junto a unas piedras sobre las que descansan sus brazos; su rostro entristecido y afligido muestra toda la amargura que inunda su corazón. En un rincón lejano de aquel lugar, los apóstoles Pedro, Santiago y Juan duermen pesadamente.



# Oración preparatoria

*Oh, Madre y Señora de Fátima, que a través de esta meditación pueda yo obtener la gracia de unirme íntimamente al sufrimiento redentor de tu Divino Hijo, teniendo la misma compasión por Él y la misma comprensión de sus dolores que Tú, oh Madre, tuviste en aquellos dolorosos momentos. Con tu ayuda, que pueda acompañar a mi Salvador en estos pasos de su Pasión y, con mis oraciones y buenas intenciones, consolarlo en su amargura. Amén.*



# **I - La lucha contra el pavor y la tristeza**

Sabiendo que había llegado la hora de su Pasión, después de haber lavado los pies a sus discípulos y de haber instituido el Santísimo Sacramento del Altar —en el cual se nos entregó por entero—, Jesús se dirigió al huerto de Getsemaní, donde sus enemigos iban a ir a buscarlo para prenderlo, como ya sabía.

## ***1. Abismo de amargura y aflicción***

Cuando el manto de negritud cubre Jerusalén, los olivos de Getsemaní parecen retrotraernos, aún hoy, a aquella noche de sufrimiento y oración vivida por Jesús. Él está solo, en el centro de la escena, arrodillado en tierra. Como todos los que se enfrentan a la muerte, también Cristo está afligido por la angustia. De hecho, la palabra que utiliza el evangelista Lucas es «agonía», es decir, «lucha». Por eso la oración de Jesús es dramática, tensa como en un combate, y el sudor de sangre que le cae por la cara es señal de un sufrimiento duro y áspero.

Su alma se sumerge en un océano de amargura extrema. Despoja a su santa humanidad de la fuerza a la que tiene derecho por su unión con la Persona Divina, y deja que se hunda en un abismo de tristeza y angustia.

## *2. Jesús prevé todos los sufrimientos de la Pasión*

En aquel doloroso momento, le asalta un gran temor por la amarga muerte que va a sufrir en el Calvario y por todas las desolaciones que van a acompañarla. El Salvador ve de antemano su Pasión. Ve a Judas, su amado apóstol, que lo vende por unas monedas. Se ve arrastrado por las calles de Jerusalén, donde apenas unos días antes lo aclamaban como el Mesías. Ve a su pueblo, tan amado, cargado de tantas bendiciones, ahora vociferando contra Él, insultándolo, gritando que muera en la Cruz. Oye las falsas acusaciones contra Él.

Jesús se ve azotado, coronado de espinas, burlado, aplaudido como un falso rey. Se ve condenado, subiendo al Calvario, sucumbiendo al peso del madero, temblando, exhausto. Se ve llegar al Gólgota, despojado de sus vestiduras, tendido en la Cruz, atravesado sin piedad por los clavos, jadeando en medio de una tortura indecible. Y se ve exhalando su último aliento.

## *3. Cargó con nuestros pecados*

Todo esto, escena tras escena, pasa ante sus ojos y lo aterroriza, lo deja sobrecogido. Desde el primer momento, lo mide todo, lo

acepta todo. Jesús siente vívidamente en su espíritu, inmerso en la mayor soledad, todo lo que sufrirá por haber tomado sobre sí nuestros pecados: por esta culpa, tal pena; por aquella otra culpa, tal otra pena...

En la historia leemos que muchos penitentes, iluminados por la luz divina sobre la maldad de sus pecados, llegaron a morir de puro dolor. ¿Qué tormento, entonces, soportó Jesús a la vista de todos los pecados, blasfemias, sacrilegios, deshonestidades y todos los demás crímenes cometidos por los hombres después de su muerte, cada uno de los cuales vino con su propia malicia, como una bestia cruel, a desgarrar su corazón?

Viendo esto, nuestro afligido Señor dijo entonces, agonizando en el huerto: «¿Es ésta, oh, hombres, la recompensa que me dais por el amor infinito con que os amo? Oh, si pudiera ver que vosotros, agradecidos por mi afecto, dejáis de pecar y empezáis a amarme, con qué alegría moriría ahora por vosotros. Pero ver, después de tantos sufrimientos míos, todavía tantos pecados; después de tanto amor mío, todavía tantas ingratitudes, esto es precisamente lo que más me apena, me entristece hasta la muerte y me hace sudar Sangre viva».

Debo considerar que entre estos ingratos estoy yo, que también he afligido y causado

amargura a mi Redentor a causa de mis pecados. Es cierto que si yo hubiera pecado menos, habrías sufrido menos, ¡oh, Jesús mío! Señor, quiero arrepentirme de todos mis pecados y consolarte con mi resolución de practicar la virtud y buscar la santidad que esperas de mí, con la ayuda de María, tu Santísima Madre.

## **II - Por encima de todo, que se haga la voluntad divina**

Jesús está postrado, con el rostro en tierra, ante la majestad del Padre. El santo rostro del Hombre-Dios yace en el polvo, irreconocible, ensangrentado. ¿Por qué? Para expiar nuestra arrogancia y enseñarnos a nosotros, criaturas orgullosas, que para alcanzar el Cielo tenemos que humillarnos hasta el suelo.

### *1. Asumió nuestra debilidad para hacernos fuertes*

Jesús se levanta entonces, dirige una mirada suplicante al Cielo, levanta los brazos y reza. El rostro está mortalmente pálido. Implora al Padre con confianza filial, pero conoce el lugar que le ha sido señalado. Se sabe víctima en nombre de todo el género humano, expuesto a la ira de un Dios ultrajado. Sabe que sólo Él puede satisfacer la justicia infini-

ta y reconciliar al Creador con la criatura. Por un lado, su naturaleza está literalmente aplastada y se rebela contra semejante sacrificio; por otro, su espíritu está dispuesto a inmolar-se y la dura lucha continúa.

«Jesús, ¿cómo podemos pedirte que sea-mos fuertes cuando te vemos tan débil y aplastado?» —preguntó San Pío de Pietrelci-na. Y él mismo responde: «¡Sí, lo compren-do! Tomaste sobre Ti nuestra debilidad. Para darnos tu fuerza, te convertiste en la Víctima expiatoria. Quisiste enseñarnos a confiar sólo en Ti, incluso cuando el Cielo parece tan duro como el bronce».

## *2 - «Si es posible, aparta de Mí este cáliz»*

En su agonía, Nuestro Señor sintió una gran repugnancia por lo que tenía que sufrir, y por eso suplicó al Padre que lo librara de ello: «Padre mío, si es posible, aparta de Mí este cáliz». Es el grito de la naturaleza que, abatida, se dirige al Cielo llena de confianza. Aunque sabe que en ese punto no será atendi-do, porque Él mismo no lo desea, implora sin embargo ayuda de lo alto.

Jesús mío, ¿por qué pides lo que no pue-des obtener? ¡Qué misterio tan impenetra-ble! El dolor que te desgarra te hace suplicar

ayuda y consuelo, pero tu amor por nosotros y tu deseo de llevarnos a Dios te hacen decir: «No se haga mi voluntad, sino la tuya».

### 3. La gran lección de Jesús en el huerto de los olivos

En el mismo momento en que se sometió a la voluntad del Padre, se le apareció un Ángel para consolarlo. Así comprendemos la gran lección que nos da Jesús en el huerto de los olivos: oró así para enseñarnos que podemos pedir a Dios que nos libre de las tribulaciones, pero al mismo tiempo debemos someternos a su voluntad y decir, entonces,



como Jesús: «Pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya».

Sí, Jesús mío, que no se haga mi voluntad sino la tuya. Acepto todas las cruces que quieras enviarme. Tú, inocente, has sufrido tanto por mí; es justo que yo, pecador, merecedor de las penas del infierno, sufra por Ti lo que tú determines.

Que sepa resignarme al dolor, al sufrimiento e incluso a la derrota y al fracaso, si fuera necesario. Y como te sucedió a Ti en el huerto, la gracia divina también me consolará, bajo la protección maternal de María Santísima, que nunca nos abandona en nuestras pruebas.

### **III - Velar y orar para consolar a Jesús**

Nuestro Señor no quería estar solo aquella noche en el huerto de los olivos. Su Corazón desolado tenía sed de ser consolado. Por eso había llevado consigo a los tres apóstoles y les había pedido que velaran y oraran con él. Cuando el Ángel se hubo marchado, Jesús se levantó, dio unos pasos vacilantes y se acercó a los discípulos, supuestamente despiertos. Éstos, al menos, sus amigos de confianza, comprenderían y compartirían su dolor.

## 1. *Velad y orad para no caer en la tentación*

¡Pero Jesús los encuentra dormidos! La emoción, la hora tardía, el presentimiento de algo horrible e irreparable, la fatiga... y sus apóstoles están sumidos en un profundo sueño. Nuestro Señor se apiada de aquella debilidad. «El espíritu está pronto, pero la carne es débil». Los despierta y les pregunta, en un tono a la vez de reproche y de compasión: «¿No habéis podido velar una hora conmigo?». Y pensando sólo en el bien de sus seguidores les advierte: «Velad y orad para no caer en la tentación». Jesús parece decirles: «Si me habéis olvidado tan pronto, a mí que estoy luchando y sufriendo, ¡velad y orad al menos por vuestro propio interés!». Pero ellos, debilitados por el sueño, apenas oyen sus palabras.

¡Ah, Señor, esta advertencia se dirige también a mí, que tanto te he ofendido con mis faltas y tanto he «dormido» en el cuidado de mi alma, en lugar de velar y rezar para no caer en la tentación! Perdóname, Señor, por mis debilidades que te causaron dolor y aflicción en el huerto de los olivos. Dame fuerzas para reparar mis faltas y no dejarme llevar más por el sueño de la tibieza y la pereza espiritual que me separan de Ti.

## 2. Consolemos al Corazón de Jesús

Finalmente, se había acabado el tiempo para que los discípulos durmieran. Los enemigos se acercaban y la Pasión del Señor se desarrollaría con todo su cruel tormento. Jesús exclamó: «¡Es la hora del poder de las tinieblas! Por mi propia voluntad me entrego a una muerte redentora. Judas viene a traicionarme y yo voy a su encuentro. Permitiré que las profecías se cumplan al pie de la letra. Ha llegado mi hora: la hora de la misericordia infinita».

«¡Oh, Jesús mío —exclama San Pío de Pietrelcina—, cuántas almas generosas, a diferencia de los apóstoles dormidos, conmovidas por tus lamentos, te hacen compañía en el huerto de los olivos, compartiendo tu amargura y tu angustia mortal! ¡Cuántos corazones han respondido generosamente a tu llamamiento a lo largo de los siglos! Que te consuelen y que, compartiendo tu sufrimiento, cooperen en la obra de la salvación».

Que yo mismo, Señor Jesús, pueda ser de ese número y en algo consolarte, aceptando con amor las penas y aflicciones de esta vida de exilio. Que me una de todo corazón a tus méritos, a tus penas, a tu expiación, a tus lágrimas, para poder trabajar contigo en la obra de la salvación. Que tenga fuerza para huir

del pecado, única causa de tu agonía, de tu sudor de sangre y de tu muerte.

## **Conclusión**

Terminemos esta meditación con el firme propósito de atender la llamada del Divino Maestro, permaneciendo vigilantes y en actitud de oración a su lado, mientras se manifiestan sus dolores y aflicciones redentoras en el huerto de los olivos.

Que María Santísima, la Madre Dolorosa y llena de misericordia, nos encomiende a este Hijo afligido y triste por mi causa. Contemplemos, una vez más, al Cordero de Dios que vino a quitar el pecado del mundo, abrumado por la amargura en un rincón de Getsemaní. Y en lugar de dejarnos adormecer por la indiferencia, elevemos con Él nuestras oraciones al Padre, pidiéndole fuerzas para afrontar con valor y confianza todas las pruebas que la Divina Providencia permita en nuestras vidas.

Contemos, para eso, con la incansable y tierna ayuda de nuestra Madre celestial, a la que imploramos con todo fervor:

# Salve Reina

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve. A Ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a Ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos y, después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.

¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

V. Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.

R. Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.



## LA FLAGELACIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

*Que los sufrimientos del  
Redentor no sean en vano*

### *Composición de lugar*

Hagamos nuestra composición de lugar y veamos con los ojos de nuestra imaginación al Divino Salvador siendo arrastrado por sus verdugos al patio del pretorio de Pilato. Allí le despojan de sus vestiduras y lo atan a una columna con la mayor crueldad, exponiendo su cuerpo a los azotes de la flagelación. Contemplemos cómo el Redentor se somete voluntariamente a tales sufrimientos y, con la cabeza inclinada, espera este martirio.

# Oración preparatoria

Oh, Corazón Sapiencial e Inmaculado de María, ven en auxilio de nuestra humana debilidad y ayúdanos a realizar bien esta devoción reparadora, meditando el doloroso misterio de la flagelación de tu Divino Hijo. Ruégale a Él, verdadero Cordero Pascual que se inmoló por nuestra salvación, que nos conceda abundantemente las gracias necesarias para recoger de este piadoso ejercicio los frutos del arrepentimiento y de cambio de vida que los sufrimientos de Cristo nos impelen a practicar.

Haz, oh Madre, que podamos comprender cuánto nuestras faltas y pecados contribuyeron para los atroces tormentos que sobre Él se precipitaron y que, por nuestra conversión, no haya sido inútil la preciosísima Sangre por la cual fuimos rescatados. Así sea.

## I - La flagelación

Entremos en el pretorio de Pilato, convertido en horrendo teatro de ignominia y dolor para Jesús, y consideremos cuán injusto, ignominioso y cruel fue el tormento que allí sufrió el Salvador del mundo.

### *1. El castigo reservado a los esclavos*

Viendo Pilato que los judíos continuaban vociferando contra Jesús, injustísimamente lo condenó a ser flagelado. Este inicuo juez pensó que con aquel bárbaro procedimiento despertaría la compasión de los enemigos y libraría a Jesús de la muerte.

La flagelación era un castigo reservado solamente a los esclavos. Nuestro amoroso Redentor, dice San Bernardo, no sólo quiso tomar la forma de esclavo, sujetándose a la voluntad de otro, sino la de un mal esclavo, para ser castigado con azotes y así pagar la pena merecida por el hombre hecho esclavo del pecado.

«¡Un Dios flagelado! Causa más espanto que un Dios sufra el más insignificante golpe que el que todos los hombres y todos los Ángeles sean destruidos y aniquilados», exclama San Alfonso María de Ligorio. Y exclamamos con el mismo santo: «¡Oh, Hijo de Dios! ¡Oh,

gran apasionado de mi alma! ¿Cómo pudiste, Señor de infinita majestad, amar tanto un ser vil e ingrato como yo, sometiéndote a tantas penas para librarme del castigo merecido?».

## *2. Cristo quiso someterse a crueles azotes*

Según revelaciones privadas, cuando llegó al lugar de la flagelación, el mismo Jesús, a la orden de los verdugos, se despojó de sus vestiduras, abrazó la columna y entregó las manos para ser atadas. Él aceptó y quiso someterse a aquel sufrimiento para cumplir su misión redentora. Con la cabeza agachada, mirando hacia la tierra, Nuestro Señor esperó por el horrible tormento. Y he aquí que aquellos despiadados, como perros rabiosos, arremeten con sus azotes contra el inocente Cordero.

Le cubren el cuerpo entero de golpes y azotes; no se libra ni su sagrada cabeza y su bello rostro. La divina Sangre corre por todas partes y deja empapados los látigos, la mano de aquellos carníceros, la columna y la tierra.

Las llagas suceden a las llagas, los golpes a nuevos golpes, las fracturas a las fracturas. Los azotes no sólo llenaron de heridas el cuerpo entero, sino que también arrancaron trozos de carne, dejándolo totalmente rasgado. Cornelio a Lapide dice que, en ese momento, Je-

su cristo debería de haberse quedado muerto; pero quiso, con su virtud divina, conservar la vida, a fin de sufrir penas todavía mayores por nuestro amor.

### *3. Herido a causa de nuestros pecados, especialmente de impureza*

Ante tantos castigos terribles, nos preguntamos por qué el Padre permitió que su Hijo los sufriera. «Por los pecados de mi pueblo lo hirieron» (Is 53, 8), responde el Señor por boca del profeta Isaías. Y San Alfonso añade: «Es como si Dios dijera: “Sé que mi Hijo es inocente, pero puesto que se ha ofrecido para satisfacer mi justicia por todos los pecados de los hombres, debo abandonarlo a la furia de sus enemigos”».

Sí, para pagar por nuestras ofensas y especialmente por los pecados de lujuria e impureza, el Señor quiso que su carne purísima fuera desgarrada. ¿Quién no exclamará con San Bernardo: «¡Oh, incomprensible caridad del Hijo de Dios para con los hombres!»?

¡Ah, mi Señor flagelado, te doy gracias por un amor tan grande y me arrepiento de haberme unido, yo también, con mis pecados, a tus verdugos! ¡Oh, Jesús mío, detesto todos esos placeres depravados que tanto dolor te han causado!

Debo aprovechar este momento y, a través de las oraciones de María Santísima, pedir a Jesús que perdone mis faltas y miserias, mis pecados que tanto le han hecho sufrir y por los que tantos castigos ha soportado. Que no permita que lo ofenda y le desagrade de nuevo, sino que me conceda la gracia y la fuerza para perseverar en el camino de la virtud y la santidad.

## **II - «*Ecce Homo — ¡He aquí al Hombre!*»**

El tormento de la flagelación fue uno de los más crueles que sufrió el Redentor en su Pasión, porque eran muchos los verdugos que lo azotaban y el número de latigazos era muy superior al que podía soportar un ser humano.

### ***1. Esperaban que Jesús muriera a causa de los azotes***

Los fariseos y los sumos sacerdotes, temiendo que Pilato liberara al Señor después de azotarlo, como ya lo había manifestado al decir: «Lo castigaré y lo liberaré», conspiraron para quitarle la vida a Jesús con la flagelación.

Por esta razón, como afirman San Buenaventura y varios autores sagrados, los verdugos eligieron los instrumentos más bárbaros

para la tortura de la flagelación, de modo que los golpes, asestados con una brutalidad espantosa, arrancaron trozos de la bendita carne del Salvador y dejaron al descubierto sus costillas y muchos de sus huesos.

## *2. Incluso los que lo odiaban se quedaron conmovidos*

No sólo de las revelaciones privadas y de los escritos de los santos, sino también de las propias Escrituras, podemos deducir cuán inhumana fue la flagelación de Jesucristo. En efecto, después de su castigo, Pilato lo mostró al pueblo diciendo: «He aquí al Hombre». ¿Y por qué lo mostró así? San Alfonso responde: «Porque nuestro Salvador fue reducido a una figura tan digna de compasión, que con sólo presentarlo al pueblo pensó que podría mover a compasión incluso a sus enemigos, de modo que ya no exigieran su muerte».

El santo añade: «¿Por qué, cuando Jesús subió al Calvario, las mujeres judías lo acompañaron con lágrimas y lamentos? (cf. Lc 23, 27). ¿Quizá porque estas mujeres lo amaban y pensaban que era inocente? No, las mujeres suelen seguir los sentimientos de sus maridos y por eso ellas también lo tenían como acusado. La razón fue que Jesús, después de la flagelación, tenía un aspecto tan lastimoso y

deplorable que conmovió hasta las lágrimas incluso a quienes lo odiaban.

### *3. El Salvador tenía que morir en la Cruz*

El holocausto de Cristo tenía que consumarse en el Calvario. Así que, viendo que Nuestro Señor había perdido casi toda su Sangre en la flagelación y que estaba tan privado de fuerzas que apenas podía tenerse en pie, cayendo más de una vez bajo la Cruz a lo largo del camino, los verdugos se vieron obligados a hacer que el Cirineo cargara con el madero, pues querían a Jesús vivo en el Calvario y clavado en su instrumento de martirio, para que su nombre quedara infamado para siempre: «Talemos el árbol en su lozana, arranquémoslo de la tierra de los vivos, que jamás se pronuncie su nombre», según la predicción de Jeremías (11, 19).

Oh Señor, estoy tan agradecido de saber que aún me tienes el mismo amor que me tuviste en el momento de tu Pasión. Pero qué grande es mi dolor al pensar que he ofendido a un Dios tan bueno. Por los méritos de tu flagelación, por las lágrimas de tu Madre Dolorosa, oh Jesús mío, te pido perdón. Me arrepiento de haberte ofendido y te suplico la gracia de amarte siempre de ahora en adelante.

### **III - Que la Sangre derramada por Cristo no sea en vano**

En el misterio de la Flagelación, como en los demás misterios dolorosos, Nuestro Señor Jesucristo se nos presenta como la víctima pura e inocente para expiar la deformación producida en el hombre por el pecado.

Su Pasión nos da una idea de la gravedad de nuestras faltas, que costaron al Hombre por excelencia, modelo de todo el orden de la creación, un holocausto tan atroz. ¡Cuánto debemos tener esto en cuenta cuando el diablo nos tienta o nuestras inclinaciones nos quieren llevar hacia el mal!

En el fondo, cuando cedemos a las tentaciones y a nuestras malas inclinaciones, cuando pecamos, abofeteamos a Jesús en la cara, como hicieron sus crueles verdugos. Y no olvidemos esta otra verdad: «Si esto hacen con el leño verde, ¿qué harán con el seco?» (Lc 23, 31). Si así se aplicó la justicia de Dios al Inocente, que cargó sobre sus espaldas el peso de nuestros crímenes, ¿qué será de nosotros si no nos arrepentimos de nuestras faltas y seguimos el camino de la enemistad con Dios?

#### **1. Nuestro examen de conciencia**

Éste es el momento en el que, recordando la Pasión y Muerte de Jesucristo, debemos

hacer el serio propósito de enmendar nuestra vida, dejando atrás todos nuestros caprichos, todas nuestras desviaciones, para transformar nuestra existencia en un acto de reparación por todo lo que sufrió Jesús.

Que tengamos un verdadero arrepentimiento de nuestras faltas, con auténtico espíritu sobrenatural, hasta el punto de pedir con un corazón sincero el horror al pecado y el amor a la virtud. Que abrace de todo corazón una vida de virtud, de pureza, de humildad, de obediencia, en una palabra, de santidad, y poder así hacer compañía a la Madre de Jesús al pie de la Cruz.

## *2. Justicia y misericordia juntas en la Cruz*

Al mismo tiempo, no debemos olvidar que la justicia y la misericordia se abrazan y se funden en el altar donde se ofrece la Víctima Divina. De este modo, la Cruz no es sólo un trono de justicia, sino también de misericordia y bondad. Dios bien podría habernos privado para siempre de la participación en la gracia divina a causa del pecado, como hizo con los Ángeles rebeldes. Pero invirtió la situación enviando a su propio Hijo, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad.

Lleno de compasión, asumió un cuerpo suficiente, con vistas al martirio, para reparar los pecados del hombre y abrirle las puertas del Cielo, convirtiéndose Él mismo en víctima de la justicia divina. ¡Sólo un Dios es capaz de hacer esto! Ninguna criatura tendría la fuerza para llegar a tales extremos. Así, la vida divina se puso a nuestro alcance y hoy, nosotros, los bautizados que vivimos en gracia de Dios, tenemos la semilla de la visión beatífica en nuestras almas y nos preparamos para la felicidad eterna.

### *3. Que no se pierdan para nosotros los dolores de Cristo*

La frase del salmista bien podría aplicarse a Nuestro Señor: «¿De qué sirve mi Sangre?» (Sal 29, 10). Esta pregunta resuena no sólo en la Pasión, sino en nuestros días: ¿de qué nos sirve la Sangre de Jesucristo en el siglo XXI? ¿De qué me sirve a mí esta Sangre? ¡Esta Sangre preciosísima, derramada hasta la extenuación por mí!

Digámosle, pues, con San Bernardo: «¡Oh, mi desgarrado Señor, a qué estado te han reducido nuestras iniquidades! ¡Oh, buen Jesús, nosotros hemos pecado y tú has sido castigado! Que tu inmensa caridad sea bendita por siempre y que seas amado como mereces

por todos los pecadores y especialmente por mí, que te desprecié más que los demás. ¡Ah, que no se pierda para mí tanto dolor y tanta Sangre!».

## Conclusión

Al llegar al final de esta meditación, diríjamonos, una vez más, a nuestra Madre Inmaculada, la Corredentora del género humano, que acompañó los dolores y tormentos sufridos por su Divino Hijo a lo largo de su Pasión con indecible solicitud y cuidado maternal. Pidámosle, con firme propósito de arrepentimiento y dolor por nuestras faltas, que nos transforme de pecadores en santos, de hijos ingratos en discípulos perfectos del Redentor que dio hasta su última gota de Sangre para salvarnos.

Pidamos a nuestra Madre celestial que nos ayude a reparar, mediante una vida de virtud y buenas obras, todo el mal que hemos hecho en el pasado y que habrá sido la causa del dolor de Jesús en la flagelación y de los sufrimientos que padeció hasta el *consummatum est* en el Calvario.

# *Salve Reina*

*Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve. A Ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a Ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos y, después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.*

*¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!*

**V.** *Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.*

**R.** *Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.*





## CORONACIÓN DE ESPINAS DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO



*Por medio de la paciencia  
encontramos la paz*

### Composición de lugar

Contemplemos con los ojos de nuestra imaginación el patio interior del pretorio de Pilato, donde Jesús fue atado a una columna y cruelmente flagelado. La columna y las piedras del suelo están bañadas con la Sangre redentora de Cristo. En una esquina, vemos a Jesús, con el cuerpo lleno de heridas, sentado en un banco de madera, con un manto rojo sobre los hombros y una corona de espinas clavada en la cabeza. A su alrededor, los soldados romanos se burlan de Él, golpeándolo y escupiéndole en su adorable rostro. El Divino Salvador recibe todas estas ofensas sin pronunciar una palabra, aceptándolo todo por amor a nosotros y por nuestra redención.

# Oración preparatoria

*Oh, Santísima Virgen de Fátima, alcánzanos de tu Divino Hijo, nuestro adorable Redentor, las gracias y las buenas disposiciones de ánimo para meditar debidamente este doloroso misterio de la coronación de espinas. Que, por tu maternal intercesión y la infinita bondad de Cristo, sepamos aprovechar las lecciones de amor a la cruz y al sufrimiento que nos dejó en este paso de su Pasión, uniéndonos aún más a Él y a Ti en nuestra búsqueda de la salvación eterna. Amén.*

## I - El Rey del Cielo coronado de espinas

Cuando los verdugos se cansaron de azotar a Jesús, lo desataron de la columna, le echaron un manto rojo sobre los hombros ensangrentados y le colocaron en la cabeza una corona hecha de largas espinas entrelazadas, cuyas puntas lo hirieron cruelmente. Con risas burlonas, se postraron a sus pies, mofándose de sus pretensiones reales y abofeteándole la cara.

La realeza de Cristo, Rey del Cielo y de la tierra, se convirtió en motivo de burla, pero a través de ese abismo de humillación, la coronación de espinas presagiaba el triunfo de Cristo Rey.

### *1. La corona de espinas nos ganó una corona de gloria en el Cielo*

Según San Alfonso María de Ligorio, este tormento de espinas fue excesivamente doloroso porque atravesaron toda la sagrada cabeza del Señor, una parte muy sensible, ya que todos los nervios y sensaciones del cuerpo proceden de la cabeza. Fue también el tormento más largo de la Pasión, porque Jesús soportó estas espinas hasta la muerte, teniéndolas enterradas en su cabeza. Cada vez que

le tocaban las espinas o su cabeza, el dolor se renovaba.

Según muchos escritos, basados en revelaciones privadas, la corona estaba tejida con varias ramas de espinas en forma de casco o sombrero, de modo que rodeaba toda la cabeza y descendía hasta la mitad de la frente de Jesús. Tan grande era la abundancia de sangre que manaba de las heridas de la sagrada cabeza que en su rostro sólo se veía sangre.

¡Oh, amor divino —exclama San Alfonso—, quisiste ser coronado de espinas para obtener para nosotros una corona de gloria en el Cielo! En medio de tantos desprecios y humillaciones, el gesto de Jesús fue el de abrazar el sufrimiento. Sabemos muy bien que nunca se quejó, sino que aceptó el sufrimiento que no le correspondía soportar, para abrirnos el camino de la salvación.

Mi dulcísimo Salvador, espero ser tu corona en el Paraíso, salvándome por los méritos de tus sufrimientos.

## *2. Nuestras culpas tejieron esas espinas*

«Ah, crueles espinas, criaturas ingratas, ¿por qué atormentáis así a vuestro Creador?», se pregunta San Agustín. Pero, responde el

santo, no tiene sentido acusar a las espinas, porque fueron instrumentos inocentes en la Pasión del Señor. Nuestros pecados, nuestros malos pensamientos fueron las verdaderas espinas crueles que atravesaron la cabeza de Jesucristo.

Cuando Jesús se le apareció un día a Santa Teresa, coronado de espinas, la santa se puso a llorar. Pero el Señor le dijo: «Teresa, no debes compadecerte de las heridas que las espinas han hecho en Mí; compadécete más bien de las heridas que los pecados de los cristianos han hecho en Mí».

En otras palabras, son mis pecados actuales, mis faltas repetidas, mis malos pensamientos y deseos los que han atormentado la venerable cabeza de nuestro Redentor. Que ahora abra los ojos de mi alma y vea cuánto dolor he causado a mi Salvador; que ahora me arrepienta profundamente de mis faltas y alivie el dolor que el Cordero de Dios sintió por mí en este misterio.

## **II - «He aquí al Hombre»**

Pilato, al ver al Redentor reducido a un estado tan digno de toda compasión, pensó que los judíos se commoverían al verlo, por lo que lo sacó a un balcón, le levantó su manto púrpura y, mostrando al pueblo el cuerpo de



Jesús cubierto de heridas y desgarrado, dijo: «He aquí al Hombre» (Jn 19, 4).

Como si dijera: «He aquí al Hombre al que acusasteis ante mí como si quisiera hacerse rey; yo, para complacerlos, lo condené a los azotes, aunque era inocente. Aquí está, reducido a tal estado que parece un hombre desollado al que sólo le quedan unos instantes de vida. Si, a pesar de todo, queréis que lo condene a muerte, os digo que no puedo hacerlo, porque no encuentro ninguna razón para condenarlo».

## *1. El más grande de todos los reyes, despreciado por sus criaturas*

Pero los judíos, al ver a Jesús así maltratado, se enfurecieron aún más: «Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron: «¡Crucifícalo, crucifícalo!». (Jn 19, 6). Pilato, al ver que no se calmaban, se lavó las manos a la vista del pueblo, diciendo: «Soy inocente de esta sangre. ¡Allá vosotros!». Y todo el pueblo contestó: «¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» (Mt 27, 24b-25).

Digamos con San Alfonso: «Oh, mi amado Salvador, Tú eres el más grande de todos los reyes, pero ahora te veo como el hombre más despreciado de todos: si este pueblo in-

grato no te conoce, yo te conozco y te adoro como mi verdadero Rey y Señor. Te doy gracias, Redentor mío, por los ultrajes que por mí has recibido y te ruego que me des amor por los desprecios y sufrimientos, ya que los has abrazado con tanto afecto. Me avergüenzo de haber amado tanto los honores y los placeres en el pasado, y de haber renunciado tantas veces a tu gracia y a tu amor a causa de ellos; lamento esto más que ninguna otra cosa. Señor, abrazo todo el dolor que tus manos me envían; dame la resignación que necesito. Te amo, Jesús mío».

## *2. Que la Sangre de Cristo nos limpие de nuestros pecados*

Así como Pilato en aquel balcón mostró a Jesús al pueblo, de la misma manera y al mismo tiempo el Padre Eterno nos presentó a su Hijo amado desde el Cielo, diciéndonos: «¡He aquí al Hombre!».

Contemplad a este Hombre que es mi Hijo amado, en quien he depositado todos mis favores. Contemplad al Hombre, vuestro Salvador, por Mí prometido y por vosotros anhelado. Contemplad al Hombre, el más noble de todos los hombres, que se ha convertido en el hombre de los dolores. Contempladlo, ved a qué estado de compasión le ha reducido

el amor que os consagra, y amadlo al menos por eso.

Pidamos que la Sangre del Redentor baje sobre nosotros, pero no como lo pidieron aquellos judíos, no para condenarnos, sino para limpiarnos de nuestros pecados, para lavar nuestras almas tan culpables de las penas y de la ingratitud que hicieron sufrir a nuestro adorable Salvador, para obtenernos la gracia regeneradora y santificante que lleva al Cielo.

### **III - El papel del sufrimiento en nuestra vida**

Al soportar todos los dolores de la coronación de espinas y de su Pasión, Jesús nos enseñó también a aceptar el sufrimiento, que nos hace aún más semejantes a Él. Sin embargo, hablar de sufrimiento es tratar de algo que los amantes del mundo no practican y ni siquiera comprenden, dice San Alfonso María de Ligorio.

Sólo las almas que aman verdaderamente a Dios lo comprenden y lo aceptan, porque saben que no puede haber prueba más segura de amor al Creador que sufrir para agradarlo.

## *1. La mayor prueba del amor de Cristo por nosotros*

Aceptar el sufrimiento y el dolor fue, a su vez, la mayor prueba que Jesucristo nos dio de su amor por nosotros. Él, como Dios, nos amó creándonos, enriqueciéndonos con tantos bienes, llamándonos a gozar de la misma gloria de la que Él goza, pero en ningún otro momento nos demostró mejor cuánto nos ama que haciéndose hombre y aceptando una vida dolorosa y una muerte llena de dolor e ignominia por nuestro bien.

¿Y cómo demostramos nuestro amor por Jesucristo? ¿Quizá viviendo una vida llena de placeres y deleites terrenales? No pensemos que Dios se complace en nuestro sufrimiento: no es un amo cruel que se complace en ver gemir y sufrir a sus criaturas; al contrario, es un Dios de bondad infinita, inclinado a vernos plenamente contentos y felices, lleno de dulzura, afabilidad y compasión hacia quienes se dirigen a Él.

## *2. Debemos expiar nuestras faltas mediante la paciencia*

Pero la infeliz condición de nuestro actual estado de pecadores y la gratitud que debemos al amor de Jesucristo exigen que, por Él,



renunciemos a los placeres de este mundo y abracemos con ternura la cruz que nos destina a llevar tras Él en esta vida. Además, Él va por delante con una cruz más pesada que la nuestra, y ello para llevarnos a disfrutar, después de nuestra muerte, de una vida feliz que no tendrá fin. A Dios no le agrada vernos sufrir, pero como es infinito en justicia, no puede dejar impunes nuestras faltas.

Por eso, para que esas faltas sean castigadas y no perdamos un día la felicidad eterna, quiere que las expiemos mediante la paciencia y merezcamos así la felicidad eterna. Esta determinación de la Divina Providencia, que satisface su justicia y nos hace salvos y felices, no puede ser más bella y suave.

Debemos, pues, poner toda nuestra esperanza en los méritos de Jesucristo y, por la intercesión misericordiosa de María Santísima, esperar de Él toda la ayuda que necesitamos para vivir santamente y salvarnos. Seguros de que la ayuda divina nunca nos abandonará, pongamos de nuestra parte, purificándonos de nuestras faltas y aceptando, con humildad y resignación, la cruz que Nuestro Señor nos pide que llevemos.

### ***3. La cruz nos espera en todas partes***

Tomás de Kempis escribe: «En todo esto hallarás cruz. Y es necesario que en todo lugar tengas paciencia, si quieres tener paz interior, y merecer perpetua corona. Si de buena voluntad llevas la cruz, ella te llevará, y guiará al fin deseado, adonde será el fin del padecer, aunque aquí no lo sea» (*Imitación de Cristo*, II, XII, 4-5). Todos en este mundo buscamos la paz y nos gustaría encontrarla

sin sufrimiento, pero esto es imposible en el estado actual, porque las cruces nos esperan dondequiera que nos encontremos.

El propio Tomás de Kempis nos invita a reflexionar: «¿Quién de los santos fue en el mundo sin cruz y tribulación? Nuestro Señor Jesucristo por cierto, en cuanto vivió en este mundo, no estuvo una hora sin dolor de pasión. Porque convenía, dice, que Cristo padeciese, y resucitase de los muertos, y así entrase en su gloria. Pues ¿cómo buscas tú otro camino sino este camino real, que es la vida de la santa cruz? Toda la vida de Cristo fue cruz y martirio, ¿y tú buscas para ti holganza y gozo? Yerras, te engañas si buscas otra cosa sino sufrir tribulaciones; porque toda esta vida mortal está llena de miserias, y de toda parte señalada de cruces. Y cuanto más altamente alguno aprovechare en espíritu, tanto más pesadas cruces hallará muchas veces, porque la pena de su destierro crece más por el amor» (*Idem*, 6-7).

## Conclusión

Que esta meditación sobre el tercer misterio doloroso nos haga comprender y aceptar el papel del sufrimiento en nuestro camino hacia el Cielo. Y que nos lleve, de ahora en adelante, a abrazar la Cruz

de Nuestro Señor Jesucristo con mayor paciencia y amor, cada vez que se nos presente en nuestra existencia terrena. Y que así podamos aliviar un poco el dolor y la pena que causamos a nuestro Salvador en su cruelísima Pasión.

Dirigiéndonos a nuestra Santa Madre, la Reina de Fátima, digámosle: «Madre mía, acepta esta meditación en desagravio a tu Corazón Sapiencial e Inmaculado, por las ofensas que los verdugos, Pilato, el pueblo y todos los pecadores, incluido cada uno de nosotros, hemos cometido contra Ti y contra tu Divino Hijo.

Derrama sobre nosotros tus abundantes bendiciones y alcánzanos gracias especiales de Cristo para que nunca perdamos de vista la imagen de Jesús coronado de espinas, que nos muestra cuán humildes y santos debemos ser, para evitar que nuestras faltas se conviertan en nuevas espinas que hieran la sacrosanta cabeza de nuestro Redentor.

Oh Madre, concédenos la gracia de ser santos como Tú y como Él. Por ello te rogamos con redoblada confianza:

# *Salve Reina*

*Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve. A Ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a Ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos y, después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.*

*¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!*

**V.** *Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.*

**R.** *Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.*



## JESÚS CON LA CRUZ A CUESTAS CAMINO DEL CALVARIO

*Signo de nuestro  
triunfo y salvación*

### Composición de lugar

Para nuestra composición de lugar, imaginemos cómo el Divino Salvador abrazó su Cruz con la mayor resignación, inmediatamente después de ser condenado a muerte en el tribunal de Pilato. Quería con, todo su deseo, consumar el Sacrificio por nuestra Redención. Veamos con los ojos del alma a Jesús llevando su Cruz por la Vía dolorosa hasta la cima del Calvario.

# Oración preparatoria

*Oh Santísima Virgen de Fátima, Tú que pediste en Cova da Iria reparación por los pecados cometidos contra tu Inmaculado Corazón, alcánzanos de tu amado Hijo las gracias para meditar bien el misterio del Rosario en el que lo contemplamos llevando su Cruz hasta el Calvario. Que Jesús ilumine nuestro entendimiento y nos haga comprender el amor infinito que le llevó a sacrificarse por nuestra salvación, abrazando un instrumento de oprobio y de castigo para rescatarnos de la muerte y del pecado. Y que, por su misericordia, seamos capaces de responder —con nuestra búsqueda de la santidad— a este amor indecible por nosotros. Amén.*

# I - En la Cruz, el peso de nuestros pecados

Al inmolarse por nosotros en la Cruz, Cristo nos abrió de nuevo las puertas del Cielo, que habían sido cerradas por el pecado de Adán y Eva. Con razón, pues, la Iglesia nos invita a celebrar la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, venerando de manera especial el instrumento de nuestra salvación. Antaño objeto de castigo y vergüenza, la cruz se convirtió en objeto de adoración desde el momento en el que Jesús fue crucificado en ella.

## *1. El Cordero que quita el pecado del mundo*

Cuando vio acercarse al Mesías al río Jordán, San Juan Bautista exclamó: «Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1, 29). Jesús ya había sido prefigurado en las Escrituras como el cordero pascual inmolado en tiempos de Moisés, así como por el sacrificio en el que cada mañana se sacrificaba un cordero en el Templo de Jerusalén.

Todos esos animales, sin embargo, no podían abolir un solo pecado y apenas servían para representar el Holocausto del Divino Cordero, Jesucristo, que con su Sangre debía lavar nuestras almas y limpiarlas de la mancha de la culpa original. Él asumió la obliga-

ción de satisfacer la justicia divina por nosotros con su muerte, y muerte en la Cruz.

## *2. Nuestra obligación para con Jesús*

Al contemplar a Jesús llevando el madero al Calvario para ser crucificado en él, San Cirilo de Alejandría observó que «uno es sacrificado por todos, para ganar a todo el género humano para Dios Padre». Jesús quiso dejarse crucificar para ganar de nuevo para Dios a todas las personas que habían perdido el camino.

Por eso —dice San Alfonso María de Ligorio— nuestra obligación para con Él es inmensa. Pues, ¿cuán grande debería ser la obligación de un reo, ya condenado a muerte, para con alguien que tomase libremente su lugar en ese suplicio para liberarlo? ¿Cuánto no debería ser amado y reconocido este benefactor? Pues bien, eso es exactamente lo que hizo Jesús: ocupó nuestro lugar en la condena y quiso morir en la Cruz para liberarnos de la muerte eterna.

Y yo, ¿cómo he afrontado esta gran obligación hacia mi Salvador? ¿Hasta qué punto ha crecido mi amor y mi reconocimiento por el Sacrificio que hizo por mí?

¿Reflejan mis actitudes cotidianas una búsqueda constante de la práctica de la virtud, para corresponder a los crueles sufrimientos que Jesús soportó por mí con su Cruz a cuestas?

## **II - En esta tierra es donde merecemos el Cielo**

Puesto que esta tierra es un lugar de méritos, se la llama con razón valle de lágrimas, porque la Providencia permite que el sufrimiento aparezca en muchos rincones de nuestras vidas. Sin embargo, el mérito consiste no sólo en sufrir, sino en sufrir con resignación ante la voluntad de Dios.

### ***1. Jesús nos enseñó a sufrir con paciencia***

Pero como la naturaleza humana siente aversión por el sufrimiento, el Verbo Eterno bajó del Cielo a la tierra para enseñarnos a soportar nuestras cruces con paciencia. Por eso Jesucristo quiso sufrir para animarnos a sufrir, y no sufrió sólo en el momento de su Pasión, sino durante toda su vida.

Por eso San Alfonso nos reprocha: «¡Qué vergüenza para nosotros, que nos gloriamos de seguir a Jesucristo y somos tan diferentes de Él! Adoramos la Santa Cruz, celebramos sus fiestas, nos gloriamos de luchar bajo este estandarte triunfante, ¡y somos tan ávidos de placer! ¿Hasta cuándo seremos así?».

### ***2. El ejemplo de los santos***

Animados por el ejemplo de Jesucristo, los santos siempre han considerado la adver-



sidad como un tesoro. Muchos han renunciado a las riquezas, posesiones, dignidades y honores del mundo para cumplir su vocación de abrazar la Cruz de Cristo y subir con Él al Calvario por un camino sembrado de espinas.

Pero el Señor, que nunca se deja superar en generosidad, quiso recompensar a estas almas generosas ya en esta tierra e hizo que los frutos del árbol de la Cruz fueran muy dulces para ellas. Tanto es así que se regocijaban en medio de las tribulaciones, y quizá una persona mundana nunca estaría tan ávida de placer como los santos lo estaban de sufrimiento.

Por esta razón, San Alfonso nos exhorta a no ser «del número de los necios que se asustan a la vista de la Cruz» y huyen de ella porque sólo la conocen por fuera. Al contrario, abracemos de buen grado las tribulaciones que el Señor tenga a bien enviarnos y consideremos cuidadosamente las ventajas que se derivan de ellas. Y cuando la naturaleza se rebele contra el sufrimiento, miremos al Redentor con la Cruz a cuestas y digamos con el Apóstol: «Sufrimos con Él, seremos también glorificados con Él» (Rom 8, 17).

### ***3. Debemos saber llevar la cruz con resignación y amor***

Como dice San Alfonso María de Ligorio, en este mundo buscamos la paz y nos gustaría

encontrarla sin sufrimiento, pero esto es imposible en el estado actual de viadores, porque las cruces nos esperan dondequiera que vayamos. Entonces, ¿cómo podemos encontrar la paz en medio de estas cruces? A través de la paciencia, abrazando la cruz que se nos presenta.

Santa Teresa dice que quien arrastra su cruz con mala voluntad siente su peso, por pequeño que sea; pero quien la abraza con buena voluntad no la siente, aunque sea muy pesada. Y Tomás de Kempis añade que quien lleva su cruz con resignación, esa misma cruz le conducirá al fin deseado, que en este mundo es agradar a Dios y en el otro amarle eternamente.

### **III - Símbolo del triunfo de Cristo y de los cristianos**

La cruz, antaño considerada el peor desastre en la vida de una persona, símbolo de ignominia que sirvió para ejecutar a tantos criminales, es hoy exaltada por la Iglesia porque Nuestro Señor Jesucristo vino al mundo mostrando que ella le pertenece. Es «la señal del Hijo del Hombre» (Mt 24, 30) y la transformó en símbolo de triunfo. Por eso la cruz brilla en lo alto de las catedrales, en la punta de las coronas y en el centro de las medallas más importantes.

## *1. Seguir a Jesús con la cruz a cuestas*

No sin razón, pues, Jesús fundó su realeza en el tormento de la cruz, humillándose y sufriendo, y se sometió voluntariamente a llevarla en este doloroso viaje para que, con su ejemplo, pudiera darnos el valor de abrazar su cruz con resignación y seguirlo. Con bondad y gravedad, se dirige a todos sus discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mt 16, 24).

## *2. Nuestra esperanza y consejera*

Los mismos santos que tan generosamente abrazaron la cruz del Señor no se cansaron de exaltarla, como San Juan Crisóstomo, que la saluda con bellas expresiones. La llama la «esperanza de los despreciados»: ¿qué esperanza tendrían los pecadores de salvarse si no fuera por la cruz en la que Jesucristo murió para redimirlos?; «guía para navegantes»: la humillación que proviene de la Cruz (es decir, de la tribulación) es la razón por la que obtenemos en esta vida, como en un mar lleno de peligros, la gracia de observar la ley divina y, si la transgredimos, la gracia de enmendarnos; «consejera de los justos»: los justos sacan de la adversidad motivos y razones para unirse más estrechamente a Dios; y también la llama «alivio de los afligidos»: ¿de dónde

sacan los afligidos mayor consuelo sino del aspecto de la cruz, en la que murió, lleno de dolor por su amor, su Redentor y su Dios?

### 3. A través de la cruz, alcanzamos la luz

Por último, consideremos que la Cruz de Cristo es el camino hacia la gloria. Por eso se dice con tanta razón que: «*Per crucem ad lucem* — Es a través de la cruz como se llega a la luz». Y éste es el principio que la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz ofrece para nuestro beneficio espiritual: si queremos alcanzar la santidad, nada es tan central como saber sufrir.

El momento decisivo para nuestra perseverancia no es el instante en que la gracia sensible nos toca y damos pasos vigorosos hacia la virtud, sino la hora de la prueba, cuando nos asaltan las tentaciones y experimentamos nuestra debilidad.

Ser tentados es inevitable y necesario tras el pecado original. En esos momentos, debemos resistir, abrazando la cruz, seguros de que en ella encontramos nuestro consuelo, nuestra fuerza y nuestra única esperanza.

## Conclusión

Desde el Vía Crucis de Jesús llevando a cuestas su instrumento de tormento, han pa-



Ecce agnus dei qui tollit peccata mundi  
Ecce qui venit in nomine domini

sado generaciones y generaciones, pero la Cruz del Redentor sigue siendo un signo de triunfo, misericordia y perdón. A través de la cruz, Dios muestra continuamente al mundo su amor infinito por la humanidad, un amor que ningún mal puede superar. A través de la cruz el mundo y la humanidad se salvan. La palabra más grande que Dios ha revelado a la humanidad, a través de su Unigénito, es la palabra de la cruz. Es el signo de que la fe ha llegado a esta tierra y permanecerá en ella hasta el final de los tiempos.

Pidamos a la Santísima Virgen de Fátima que grabe indeleblemente en nuestros corazones esta verdad sobre la Santa Cruz de Nuestro Señor Jesucristo y que a través de ella, al final de nuestros días en este mundo, nos lleve a la luz de la bienaventuranza eterna.

Oh, Madre nuestra, ruega por nosotros a tu Divino Hijo, que tanto sufrió por nuestra salvación, y alcánzanos la gracia de imitarlo en la paciencia y la resignación a la voluntad del Padre, cuando encontremos la cruz en nuestro camino. Que sepamos llevarla por amor a Él y a Ti, con plena confianza en tu ayuda maternal, seguros de que, así sostenidos, después de sufrir contigo, seremos también glorificados contigo en la bienaventuranza eterna. Con esto en mente, querida Madre, te rogamos, diciendo:

# *Salve Reina*

*Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve. A Ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a Ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos y, después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.*

*¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!*

**V.** *Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.*

**R.** *Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.*



## CRUCIFIXIÓN Y MUERTE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

*La muerte de Jesús  
es nuestra vida*

### Composición de lugar

Hagamos nuestra composición de lugar imaginando la escena de la crucifixión en la cima del Calvario. Las tres cruces destacan en la cima de la montaña, bajo un cielo que se va nublando poco a poco con nubes espesas y oscuras. En la cruz del medio, la más alta, está clavado nuestro Redentor, ofreciendo su supremo Holocausto al Padre. Al pie de la cruz, la Madre Dolorosa, María Santísima, tiene los ojos fijos en su Divino Hijo, participando en ese Sacrificio por la salvación del género humano.

# Oración preparatoria

*Oh, Madre y Señora de Fátima, por medio de esta meditación concédemel la gracia de unirme íntimamente al sufrimiento redentor de tu Divino Hijo, teniendo por Él la misma compasión y la misma comprensión de sus dolores que Tú, oh Madre, tuviste en aquellos dolorosos momentos. Con tu ayuda, que pueda acompañar a mi Salvador en estos pasos de su Pasión y, con mis oraciones y buenas intenciones, consolarlo en su amargura. Amén.*

# **I - Causa de la hermosura de nuestra alma**

El Señor, que era el más bello de los hombres (Sal 44, 3), aparece en el Calvario deformado en su semblante y en todo su cuerpo, a causa de los crueles azotes y tormentos que sufrió desde su prendimiento en el Huerto de los Olivos.

## ***1. Deformado pero más hermoso todavía***

Tan espantosa quedó la sagrada figura del Redentor en aquel estado que causaba horror a quienes lo veían en lo alto del Gólgota, preparado para ser inmolado. Sin embargo, dice San Alfonso, esa deformidad le hace parecer aún más hermoso a los ojos de las almas que lo aman, ya que sus heridas, sus magulladuras, su carne desgarrada son pruebas y signos de su amor por nosotros.

Sí, porque esa deformidad de Jesús crucificado fue la causa de la belleza de nuestras almas que, hasta entonces deformes, lavadas en su Preciosa Sangre, se volvieron luminosas y hermosas, según escribe San Juan: «Estos que están vestidos con blancas vestiduras, ¿quiénes son y de dónde han venido? Son los que salieron de la gran tribulación y lavaron

sus vestiduras y las emblanquecieron en la Sangre del Cordero» (Ap 7, 13).

Todos los santos, como hijos de Adán que son, estuvieron durante un tiempo cubiertos con un sórdido manto —con excepción de la Santísima Virgen—, pero lavados en la Sangre del Cordero se volvieron blancos y agradables a Dios. ¿Estamos también nosotros entre estos justos que lavan sus almas en la Sangre redentora de Cristo, que se arrepienten y purifican de sus faltas para quedar limpios a la vista de Jesús misericordioso? Reflexionemos sobre el estado de nuestras almas...

## *2. Jesús en la Cruz, un espectáculo de amor y justicia*

Jesús en la Cruz fue un espectáculo que llenó de asombro el Cielo y la tierra. Fue un espectáculo de la justicia del Padre Eterno que, para reparar el pecado del hombre, lo castigó en la persona de su amadísimo Hijo Unigénito. Fue un espectáculo, sobre todo de amor, ver a un Dios que ofrece y da su vida para redimir de la muerte a los esclavos, a sus enemigos.

Este espectáculo fue y será siempre el objeto máspreciado de contemplación para los santos, por el que despreciaron y se despojaron de todos los bienes y placeres de la tierra y abrazaron con alegría las penas y la muerte

para mostrar de algún modo su gratitud a un Dios que murió por su amor.

Reconfortados por la visión de Jesús despreciado en la Cruz, los santos amaron el desprecio más de lo que los mundanos aprecian todos los honores del mundo. Viendo a Jesús morir despojado de sus vestiduras en la Cruz, todo cubierto de heridas, goteando sangre de todos sus miembros, los santos renunciaron a los placeres sensuales y trajeron en lo posible de crucificar su carne para acompañar con sus dolores los dolores del Crucificado.

Viendo la paciencia de Jesucristo al querer sufrir tanto dolor y oprobio por nosotros, aceptaron los insultos, las enfermedades, las persecuciones y los tormentos con paz y alegría. Por último, viendo el amor que Jesucristo les demostró al sacrificar su vida en la Cruz por nosotros, sacrificaron todo lo que poseían a Jesús, anhelando la gloria eterna en el Cielo.

Y nosotros, como cristianos, ¿qué ejemplo seguimos en nuestras vidas: el de los santos o el de los mundanos?

## **II - María, nuestra Madre, junto a la Cruz de su Hijo**

El Evangelista dice que al pie de la Cruz de Nuestro Señor estaban María, su Madre, y el discípulo a quien Él amaba.

## 1. El dolor fecundo de María

Al igual que el Hijo sacrificó su vida, María se sacrificó entera con dolor por la salvación de la humanidad, participando con la mayor resignación en todas las penas y oprobios que sufrió su Hijo al expirar. Según un autor piadoso, los artistas que representan a la Virgen desmayada al pie de la Cruz acaban afirmando que María no fue capaz de aguantar tanto dolor y menosprecian su constancia: ¡pero Ella era la mujer fuerte que no desmayaba, no lloraba! Como escribe San Ambro-



sio: «Leo que estaba de pie, pero no leo que lloraba».

El dolor que la Santísima Virgen soportó en la Pasión de su Hijo superó todo el dolor que puede sufrir un corazón humano. El dolor de María no fue un dolor estéril, como el de otras madres que ven los sufrimientos de sus hijos; al contrario, fue un dolor fecundo: por los méritos de ese dolor y por su caridad, al igual que es la Madre natural de Jesucristo, nuestra Cabeza, se convirtió entonces en la Madre espiritual de los fieles miembros de Jesús, cooperando con su caridad a nuestro nacimiento y a hacernos hijos de la Iglesia.

## *2. Nuestra Madre y Corredentora*

San Bernardo escribe que, en el monte Calvario, estos dos grandes mártires, Jesús y María, guardaron silencio: el gran dolor que les embargaba les quitaba la capacidad de hablar. La Madre contemplaba a su Hijo moribundo en la Cruz, y el Hijo, a la Madre moribunda al pie de la Cruz, extenuada por la compasión que sentía viendo sus sufrimientos. «Dijo al discípulo: “Ahí tienes a tu Madre”», para que comprendiéramos que María Santísima es la Madre de todo buen cristiano, que es amado por Jesucristo y en quien Jesús vive con su espíritu.

Un autor sagrado escribe que durante la Pasión de Jesucristo, María se nutrió de la Sangre que manaba de las heridas de Jesús, para poder luego nutrirnos a nosotros, sus hijos. Y añade que esta divina Madre, con sus oraciones y méritos, adquiridos particularmente en la muerte de Jesucristo, se convirtió también en nuestra Corredentora, obteniendo para nosotros una participación en los méritos de la Pasión del Redentor.

Decidámonos, pues, firmemente, a implorar siempre el apoyo de esta Madre indeciblemente solícita y amorosa hacia nosotros, que nos dio a luz espiritualmente en los dolores del Calvario, y que está siempre dispuesta a ayudarnos en nuestras necesidades, especialmente en nuestros momentos de dolor y de prueba.

### **III - La Pasión de Cristo nos lleva al Cielo**

San Juan Evangelista escribe que nuestro Redentor inclinó la cabeza antes de expirar: «Inclinando la cabeza, entregó el espíritu» (Jn 19, 30b). Inclinó la cabeza para significar que aceptaba la muerte, con plena sumisión, de manos de su Padre, a quien rendía humilde obediencia; y también para mostrar que no murió por necesidad o por la violencia de los



verdugos, sino porque así lo quiso espontáneamente, para salvar al hombre de la muerte eterna a la que estaba condenado.

## *1. Por su muerte, Jesús venció al pecado*

Con su muerte, nuestro Salvador vino a destruir la muerte debida al pecado. Por eso escribe el Apóstol: «La muerte ha sido absorbida en la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?»

El aguijón de la muerte es el pecado» (1 Cor 15, 54d-55).

El Cordero divino Jesús, con su muerte, quitó el pecado del mundo y, en consecuencia, nos liberó de la muerte eterna a la que todo el género humano había estado sometido hasta entonces. Ésta fue la victoria de la Cruz: Cristo, que es el Autor de la vida, con su muerte nos devolvió la vida. Por eso la Iglesia canta: «La vida soportó la muerte y mediante la muerte produjo la vida».

Si hasta entonces la muerte había sido objeto de dolor y terror, Jesús, al morir, la transformó en el paso del peligro de la ruina eterna a la seguridad de la felicidad eterna, y en el paso de las miserias de esta vida a las inmensas delicias del Paraíso. Por eso dice San Agustín que los amantes del Crucifijo viven con paciencia y mueren con alegría.

## *2. El camino hacia una eternidad feliz*

En efecto, muchas almas felices, al ver a Jesús crucificado y muerto por su amor, lo han abandonado todo: posesiones, dignidades, patria y parientes; abrazando incluso el tormento y la muerte, para entregarse alegre y enteramente a Él.

¿Cómo es entonces —nos advierte San Alfonso— que tantos otros cristianos, aun sabien-

do por la fe que Jesucristo murió por todos, en lugar de dedicarse a su servicio y amor, se empeñan en ofenderlo y despreciarlo por breves y miserables placeres? ¿De dónde procede una ingratitud tan grande? Proviene del olvido de la Pasión y Muerte de Jesucristo. Pero, oh Dios, ¿cuál será su remordimiento y su vergüenza en el Día del Juicio, cuando el Señor les presente lo que ha hecho y sufrido por ellos?

No dejemos —añade San Alfonso— de tener siempre ante nuestros ojos a Jesús crucificado, que muere en medio de tanto dolor e ignominia por nosotros. Todos los santos recibieron de la Pasión de Jesucristo esas llamas de caridad que les llevaron a despojarse de todos los bienes de este mundo e incluso de sí mismos, para entregarse exclusivamente al amor y al servicio de este Divino Salvador, que, enamorado de los hombres, no podía hacer más para ser amado por ellos.

Es la cruz, es decir, la Pasión de Jesucristo, la que obtendrá la victoria sobre todas nuestras pasiones y sobre todas las tentaciones que el infierno levantará para separarnos de Dios. La cruz es el camino, la escalera hacia el Cielo. Bienaventurado el que la abraza en vida y no la abandona hasta la muerte.

Quien muere abrazando la cruz tiene la prenda segura de la vida eterna, que ya ha

sido prometida a todos los que siguen a Jesús crucificado con ella.

## Conclusión

Concluyamos esta meditación pidiendo a María Santísima, nuestra Madre y Corredentora, que nos conceda la gracia de poder contemplar a Jesús en lo alto de la cruz y dedicarle todo nuestro amor al verlo pálido y abandonado, sin habla y sin aliento, porque ya no tiene vida, ya que la inmoló para que nuestras almas vivieran; sin sangre, porque ya la ha derramado toda para lavar nuestros pecados.

*Oh Madre, haznos comprender que Jesús, con su muerte, nos libró del horror de nuestra muerte, transformándola en el paso dichoso a la felicidad eterna. Y obtén para nosotros que, uniendo nuestros sacrificios a los méritos infinitos del Sacrificio del Salvador, seamos dignos de gozar de la misma gloria que Él y Tú ya disfrutáis en el Cielo. Amén.*

# *Salve Reina*

*Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve. A Ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a Ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos y, después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.*

*¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!*

**V.** *Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.*

**R.** *Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.*

